

TRAYECTOS FORMATIVOS
PARA LA ACREDITACIÓN
DE APRENDIZAJES

1° y 2° año
Ciclo Básico

Lengua y Literatura: textos para los trayectos formativos

Anexo

LENGUA Y LITERATURA



Jefe de Gobierno

Horacio Rodríguez Larreta

Ministra de Educación

María Soledad Acuña

Jefe de Gabinete

Manuel Vidal

Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa

María Lucía Feced Abal

Subsecretario de Carrera Docente

Oscar Mauricio Ghillione

Subsecretario de Tecnología Educativa y Sustentabilidad

Santiago Andrés

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

Subsecretaria de la Agencia de Aprendizaje a lo Largo de la Vida

Eugenia Cortona

**Directora Ejecutiva de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad
y Equidad Educativa**

Carolina Ruggero

Directora General de Educación de Gestión Privada

María Constanza Ortiz

Director General de Educación de Gestión Estatal

Fabián Capponi

Director General de Planeamiento Educativo

Javier Simón

Gerente Operativo de Currículum

Eugenio Visiconde

Dirección General de Planeamiento Educativo (DGPLEDU)

Gerencia Operativa de Currículum (GOC)

Eugenio Visiconde

Coordinación general: Mariana Rodríguez.

Equipo de especialistas en didáctica del Nivel Secundario: Bettina Bregman (coordinación), Cecilia Bernardi, Ana Campelo, Marta Libedinsky, Adriana Vanin.

Especialistas en didáctica de Lengua y Literatura: Mariana D´Agostino (coordinación), Mariana Lila Rodríguez, Ludmila Vergini.

Agradecimientos: a la DGEGE y a las direcciones de las áreas de secundaria por la lectura crítica y los aportes realizados.

Equipo Editorial de Materiales y Contenidos Digitales (DGPLEDU)

Coordinación general: Silvia Saucedo.

Coordinación editorial: Marcos Alfonzo.

Asistencia editorial: Leticia Lobato.

Edición: Víctor Sabanes.

Diseño gráfico: Marcela Jiménez, Gabriela Ognio.

ISBN: en trámite.

Se autoriza la reproducción y difusión de este material para fines educativos u otros fines no comerciales, siempre que se especifique claramente la fuente. Se prohíbe la reproducción de este material para venta u otros fines comerciales.

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Dirección General de Planeamiento Educativo / Gerencia Operativa de Currículum, 2022. Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Fecha de consulta de imágenes, videos, textos y otros recursos digitales disponibles en internet: 1 de agosto de 2022.

© Copyright © 2022 Adobe Systems Software. Todos los derechos reservados. Adobe, el logo de Adobe, Acrobat y el logo de Acrobat son marcas registradas de Adobe Systems Incorporated.

Índice



Eje 1. ¿Cómo son los detectives?

- El señor Sherlock Holmes (fragmento de *Un estudio en escarlata*), de Arthur Conan Doyle **5**
- La ciencia de la deducción (fragmento de *Un estudio en escarlata*), de Arthur Conan Doyle **6**
- El enigma del comerciante (fragmento de *La Liga de los Pelirrojos*), de Arthur Conan Doyle **7**
- Tradición ancestral, de Cristian X. Ferdinandus..... **9**
- Un tazón de sopa, de Pablo De Santis **11**



Eje 2. Las formas del terror

- El extraño, de H. P. Lovecraft **13**
- El desentierro de la angelita (fragmento), de Mariana Enriquez **19**
- Notas sobre el arte de escribir cuentos extraños (fragmento), de H. P. Lovecraft **21**
- El cuento por su autor, de Mariana Enriquez **21**



Eje 3: Desplazamientos

- Cruzar la autopista, de Salvador Marinaro..... **23**
- Akasha, de Soledad Fernández..... **28**
- Amor en el Parque Rivadavia, de Roberto Arlt..... **32**
- Celebración, de María Luján Tilli **34**
- Ya nada será igual, de Alejandro Grimson y Lucila Schonfeld..... **35**



Eje 1. ¿Cómo son los detectives?

El señor Sherlock Holmes (fragmento de *Un estudio en escarlata*)

—Usted no conoce aún a Sherlock Holmes; quizá no le interese tenerlo como compañero.

—¿Por qué? ¿Hay algo en contra suya?

—Yo no he dicho que haya algo en contra suya. Es un hombre de ideas raras. Lo entusiasman determinadas ramas de la ciencia. Por lo que yo sé, es alguien bastante aceptable.

—¿Estudia Medicina? —le pregunté.

—No... Yo no creo que se proponga seguir esa carrera. En mi opinión, domina la anatomía, y es un químico de primera clase; sin embargo, que yo sepa, nunca asistió de manera sistemática a las clases de Medicina. Es muy voluble y excéntrico en sus estudios, pero tiene una gran cantidad de conocimientos poco corrientes, que asombrarían a sus profesores.

—¿Alguna vez le ha preguntado cuáles son sus propósitos?

—Nunca; no es un hombre que se abra fácilmente, aunque suele ser bastante comunicativo cuando está de humor.

—Me gustaría conocerlo —dije—. Si tengo que vivir con alguien, prefiero que sea un hombre estudioso y de costumbres tranquilas. No me siento bastante fuerte todavía para soportar mucho ruido o alboroto. Los que tuve que aguantar en Afganistán me bastan para todo lo que me resta de vida normal. ¿Cómo puedo conocer a este amigo suyo?

—Seguro que está ahora mismo en el laboratorio —contestó mi compañero—. Hay ocasiones en que no aparece por allí durante semanas, y otras en que no se mueve del laboratorio desde la mañana hasta la noche. (...) No debe echarme a mí la culpa si no se llevan bien —me dijo—. Lo que yo sé de él lo sé por haberlo tratado alguna que otra vez en el laboratorio. Usted es quien aceptó el asunto y no debe hacerme responsable.



—Si no nos lleváramos bien, será fácil separarnos —comenté—. Me parece, señor Stamford, que usted tiene alguna razón para querer lavarse las manos en este asunto —agregué, clavándole la mirada a mi compañero—. ¿Acaso es un hombre de carácter terrible o qué? No se ande con vueltas.

—No resulta fácil expresar lo inexpresable —me contestó, riéndose—. Para mi gusto, Holmes es un poco excesivamente científico. Casi toca en la insensibilidad. Yo llego incluso a imaginármelo dándole a un amigo un poco del alcaloide vegetal más moderno, y eso no por maldad, compréndame, sino por puro espíritu de investigador que desea formarse una idea exacta de los efectos de la droga. Por ser justo, creo que él mismo la tomaría con idéntica naturalidad. Por lo que sé, su pasión es lo concreto y exacto en materia de conocimientos.

—Y tiene muchísima razón.

—Sí, pero esa condición lo puede llevar al exceso.

Conan Doyle, Arthur (1887). “El señor Sherlock Holmes” (fragmento). En *Un estudio en escarlata*. Traducción de Alicia Dellepiane Rawson. Buenos Aires: Claridad, 2015.

La ciencia de la deducción (fragmento de *Un estudio en escarlata*)

Desde luego no era difícil convivir con Holmes. Resultó un hombre de maneras apacibles y de costumbres regulares. Era raro que se acostase después de las diez de la noche, y para cuando yo me levantaba por la mañana, él ya había desayunado y se había marchado a la calle. En ocasiones pasaba el día en el laboratorio de química; otras veces, en las salas de disección, y de cuando en cuando, en largas caminatas que lo llevaban, por lo visto, a los barrios más bajos de la ciudad. Cuando caía en los accesos de trabajo, no había nada capaz de sobrepasarlo en energía; pero de tiempo en tiempo se apoderaba de él una reacción y se pasaba los días enteros tumbado en el sofá del cuarto de estar, apenas pronunciando una palabra o moviendo un músculo desde la mañana hasta la noche. Durante tales momentos yo advertía en sus ojos una mirada tan perdida e inexpresiva que, si no fuera por la templanza y la decencia de su vida, quizás habría sospechado que mi compañero era un consumidor habitual de algún estupefaciente.

Mi interés por él y mi curiosidad por conocer cuáles eran las finalidades en su vida fueron haciéndose mayores y más profundos a medida que transcurrían las semanas. Hasta su persona misma y su apariencia eran como para llamar la atención de cualquiera. Su estatura sobrepasaba el metro ochenta, era tan extraordinariamente flaco que producía la impresión de ser aún más alto. Tenía la mirada aguda y penetrante, fuera de los intervalos de sopor a que me he referido; y su nariz, fina y aguileña, daba al conjunto de sus facciones un aire de viveza y de resolución. También su barbilla delataba al hombre de voluntad,

por lo prominente y cuadrada. Aunque sus manos tenían siempre manchas de tinta y de productos químicos, estaban dotadas de una delicadeza de tacto extraordinaria, según pude observar con frecuencia, viéndolo manipular sus frágiles instrumentos de física. (...)

No era Medicina lo que estudiaba. Sobre ese tema y contestando a una pregunta, él mismo había confirmado la opinión de Stamford. Tampoco parecía haber seguido en sus lecturas ninguna norma que pudiera calificarlo para graduarse en una ciencia determinada o para entrar por uno de los portales que dan acceso al mundo de la sabiduría.

Pero con todo eso, era extraordinario su afán por ciertas materias de estudio, y sus conocimientos, dentro de límites excéntricos, eran tan amplios y detallados, que las observaciones que él hacía me asombraban.

Pero nadie trabajaría tan empeñosamente ni se procuraría datos tan exactos a menos de proponerse una finalidad bien concreta. Las personas que leen de una manera inconexa rara vez se distinguen por la exactitud de sus conocimientos. Nadie carga su cerebro con pequeñeces si no tiene alguna razón fundada para hacerlo.

Tan notable era lo que sabía como lo que ignoraba. Sus conocimientos de literatura contemporánea, de filosofía y de política parecían ser casi nulos. (...) Sin embargo, mi sorpresa alcanzó el punto culminante al descubrir de manera casual que desconocía la teoría de Copérnico y la composición del sistema solar. Me resultó tan extraordinario que en nuestro siglo XIX hubiese una persona civilizada que ignorase que la Tierra gira alrededor del Sol, que me costó trabajo aceptarlo.

Conan Doyle, Arthur (1887). "La ciencia de la deducción" (fragmento). En *Un estudio en escarlata*. Traducción de Alicia Dellepiane Rawson. Buenos Aires: Claridad, 2015.

El enigma del comerciante (fragmento de *La Liga de los Pelirrojos*)

Nuestro visitante era, a todas luces, un típico comerciante británico promedio, obeso, pomposo y lento. Vestía pantalones grises a cuadros, un poco abolsados; una levita negra no demasiado limpia, desabrochada por delante; y un chaleco grisáceo con una cadena de reloj de la que colgaba, como adorno, una pieza de metal con un agujero cuadrado. A su lado, en una silla, descansaban un raído sombrero de copa y un descolorido sobretodo marrón, con el cuello de terciopelo arrugado. En conjunto, y por mucho que lo mirara, no había nada destacable en aquel hombre, excepto su cabellera de un rojo brillante y la expresión de extremo disgusto y malestar en sus facciones.

Los atentos ojos de Sherlock Holmes notaron mis esfuerzos, y él asintió con la cabeza, con una sonrisa, al advertir mis miradas inquisitivas.

—Más allá de los hechos evidentes de que por algún tiempo realizó trabajos manuales, que aspira rapé, que es masón, que ha estado en China y que últimamente ha escrito mucho, no puedo deducir nada más —dijo.

El señor Jabez Wilson dio un salto en su silla, con el dedo índice aún sobre el papel, pero con los ojos fijos en mi compañero.

—¡Pero por todos los cielos! ¿Cómo supo usted todo eso, señor Holmes? —preguntó—. ¿Cómo averiguó, por ejemplo, que trabajé con las manos? Es tan cierto como el Evangelio, pues mi primer trabajo fue de carpintero de barcos.

—Por sus manos, señor mío. Su mano derecha es bastante más grande que la izquierda. Trabajó usted con ella, y por eso los músculos están más desarrollados.

—Bien. Pero, ¿y el rapé? ¿Y la masonería?

—No pienso ofender su inteligencia explicándole cómo leí eso, en tanto que, contraviniendo las estrictas normas de secreto de su orden, lleva usted un adorno que representa un compás y una escuadra.

—¡Ah, por supuesto! Lo había olvidado. Pero... ¿y lo de la escritura?

—¿Qué otra cosa podría significar que el puño de su manga derecha tenga cinco pulgadas lustrosas de tanto frotar, mientras que la manga izquierda está desgastada cerca del codo, donde uno se apoya en el escritorio?

—Bueno... ¿Y lo de China?

—El pez que lleva usted tatuado justo arriba de la muñeca derecha únicamente pudo haber sido realizado en China. He llevado a cabo una pequeña investigación

sobre los tatuajes, e incluso aporté a la literatura sobre el tema. Ese truco de manchar las escamas con un delicado tono rosa es exclusivo de los tatuajes chinos. Y cuando además veo una moneda china colgando de la cadena de su reloj, la cuestión resulta todavía más sencilla.



Conan Doyle, Arthur (1891). “El enigma del comerciante” (fragmento).

En *La Liga de los Pelirrojos*. Traducción de Sebastián Vargas. Buenos Aires: Ministerio de Educación GCBA, 2018. Disponible completo en versión digital: <https://bit.ly/3zgYK3n>

Tradición ancestral

I

El enojo del rey tenía en vilo a sus funcionarios. De los establos reales habían robado a Velox, su caballo preferido. El hecho era grave: estaba a punto de celebrarse la fiesta hípica a la que concurrirían varios soberanos vecinos y Velox era la carta de triunfo del monarca.

Para peor, era razonable pensar que el diluvio caído aquella noche invernal podría haber enfermado a Velox.

Silas, el subjefe de la Guardia Palaciega, solicitó una entrevista con el rey, manifestando que el motivo era muy importante.

—Habla —ordenó el rey.

—Majestad: he esclarecido el caso y recuperado a Velox. Su salud, por fortuna, es excelente. La lluvia no alcanzó a inferirle daño alguno.

Tras Silas, había un hombre casi desnudo. Temblaba. Tenía las manos y los pies encadenados. Por la espalda corrían las líneas sangrientas de los latigazos. Era el ladrón.

—¿Cuál es tu nombre y qué puedes decir en tu descargo?

—Oh, Majestad, me llamo Calino y juro, por mi hijo, haber sido el autor de tan abominable delito. Soy el único culpable.

Silas agregó:

—Es un conocido ratero. Durante años ha hurtado monedas y joyas de bolsillos y alforjas. Muchas veces ha sido azotado.

—Así es —dijo Calino—. Juro, Majestad, por mi hijo, que Silas dice la verdad.

—¿Sabes que robar pertenencias de la Corona se castiga con la decapitación?

—Sí, Majestad, y es lo que merezco. Pero temo por mi familia...

—Nada debes temer. Es tradición ancestral del reino proteger a la familia del ajusticiado. Sin embargo, expondremos tu cabeza durante siete días en la plaza pública, para que sirva de lección.

Se retiraron todos y el monarca se quedó solo con Sophós, el consejero que lo acompañaba desde que asumió el trono:

—¿Crees que he hecho justicia?

—Parecería que sí, Majestad.

II

El día siguiente estuvo pletórico de rutinas: el rey atendió a embajadores, escuchó a los generales sobre la conveniencia de entablar una guerra contra el reino de Urgandia, dispuso aumentar los impuestos para financiar dicha guerra y determinó que hubiera más esbirros en las calles para reprimir las protestas por el alza de impuestos.

Por la noche, Sophós se presentó ante él.

—No sé si recuerdas que este viernes decapitarán al ladrón del caballo.

- Lo había olvidado; ha sido un día muy cansador.
- Haré una pregunta: ¿por qué un hombre al que van a matar menciona dos veces a su hijo?
- Por temor, supongo.
- Bien dices, Majestad. Ese hombre tenía miedo. Pero no por sí mismo, sino por su familia. Yo diría que alguien lo amenazó, si no se inculpaba, con dañar al niño.
- Es posible.
- Silas dijo otra cosa llamativa. Este hombre es un ínfimo ladronzuelo de monedas y joyas. ¿Por qué habría de robar un caballo?
- Tal vez para venderlo.
- Imposible, ¿quién se atrevería a comprar un caballo que todo el mundo sabe que es de tu propiedad?
- El rey experimentó una breve inquietud.
- El robo se produjo la noche del diluvio —continuó Sophós—. La cabaña de Calino fue destruida por la inundación. Yo creo que él, su mujer y su hijo debieron sobrevivir aquellas horas sobre la copa de un árbol; de lo contrario, habrían muerto ahogados.
- Claro.
- Por otra parte, bien sabes que Velox es animal muy delicado. Si hubiera caído sobre él una pequeña parte de esa lluvia helada, se habría enfermado. Y Silas se apresuró a decir que se encontraba en “excelente” estado de salud.
- Pero no veo ninguna razón para que Silas hiciera nada de lo que insinúas.
- Él es el subjefe de la Guardia Palaciega; es decir, de un cuerpo compuesto de muchas personas. Sin embargo, no dijo “*Hemos esclarecido el caso*”, sino “*He esclarecido el caso*”.
- Es verdad. También yo lo advertí.
- Para eso lo dijo: para que te decidieras a pasar a retiro al anciano jefe actual y remplazarlo por Silas.
- El consejero calló.
- ¿Eso es todo?
- Eso es todo, Majestad.

III

El jueves rodó una cabeza.

Según la tradición ancestral del reino, el rey ordenó que se protegiera de por vida a la familia del antiguo subjefe de la Guardia Palaciega.

Ferdinandus, Cristian X. (Mitelman, Cristian y Sorrentino, Fernando) (2018). “Tradición ancestral”. En *Activa XXI. Prácticas del Lenguaje 6. Carpeta de actividades*. Buenos Aires: Puerto de Palos.

Un tazón de sopa

El señor Ling, fabricante de barcos, invitó a su casa al sabio Feng, que tantos misterios había resuelto. Quería que su invitado les contara a sus mejores amigos sus lejanas aventuras. Pero Feng, que era muy modesto, se negó a hablar. Dijo Ling:

—Sabio Feng, hace tiempo que sé que quieren matarme. Los constructores de barcos del norte pusieron precio a mi cabeza y se dice que alguien muy cercano, alguien que tal vez está sentado aquí con nosotros es el encargado de ejecutar esa sentencia —un murmullo de preocupación recorrió la larga mesa y los invitados se miraron entre sí—. Tal vez esta es una de mis últimas noches; no puede negarme su historia.

Conmovido, el sabio Feng aceptó:

—Voy a contar la historia del mandarín Gon, que tenía muchos enemigos. A pesar del peligro, Gon no se resignaba a dejar sus grandes banquetes en compañía de viajeros que llegaban de muy lejos. Una noche dijo que algo le había caído mal, caminó dos o tres pasos y se desplomó, muerto.

—Envenenado, sin duda —dijo Ling.

—Envenenado... pero había comido la misma comida que los demás y bebido del mismo vino.

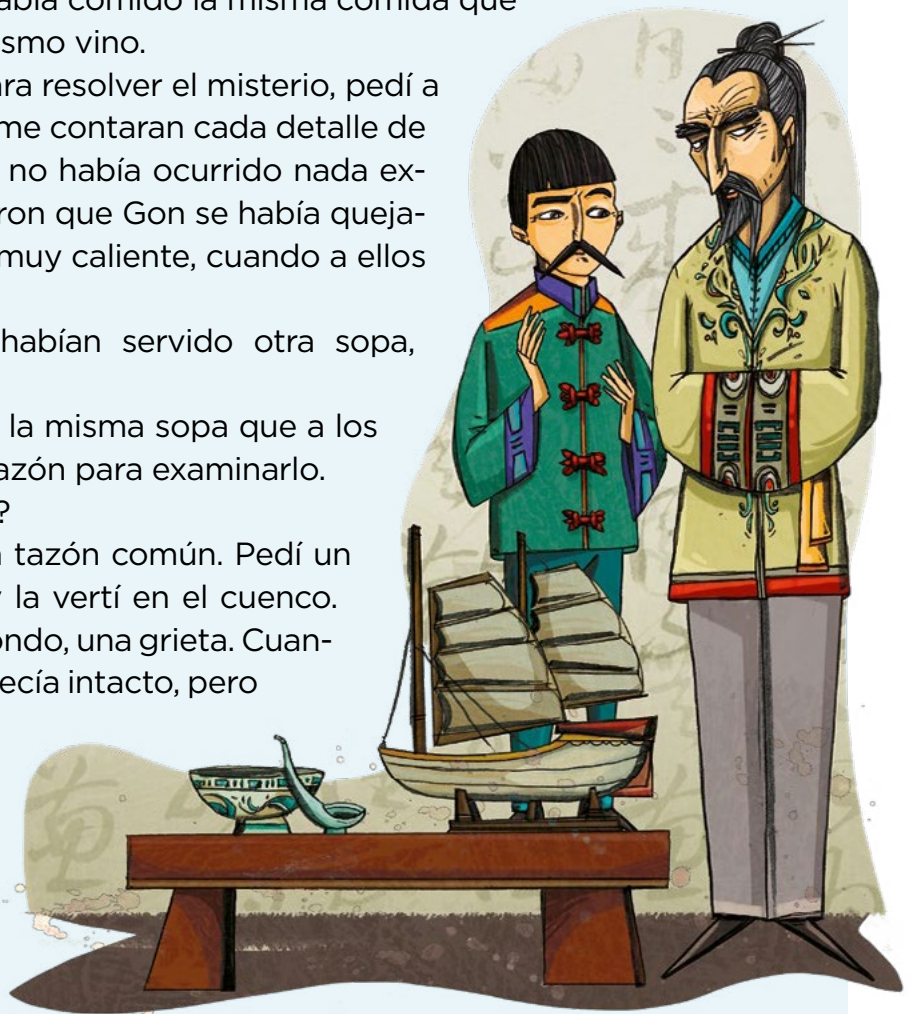
Cuando me llamaron para resolver el misterio, pedí a los otros comensales que me contaran cada detalle de esa cena. Para la mayoría, no había ocurrido nada extraño, pero dos me señalaron que Gon se había quejado de que la sopa estaba muy caliente, cuando a ellos les había parecido fría.

—Sospecho que le habían servido otra sopa, y envenenada —dijo Ling.

—No, le habían servido la misma sopa que a los demás. Entonces pedí el tazón para examinarlo.

—¿Y tenía algo extraño?

—Nada extraño. Era un tazón común. Pedí un poco de agua hirviendo y la vertí en el cuenco. Entonces se dibujó, en el fondo, una grieta. Cuando estaba frío, el tazón parecía intacto, pero al calentarse y expandirse, la rajadura aparecía. El asesino había calentado el tazón y había vertido el veneno en la rajadura. Por eso, el mandarín se había quemado.



—Espero que no haya contado esa historia para que nos neguemos a tomar esta sopa, amigo Feng —dijo Ling, constructor de barcos, que tenía el tazón humeante ya servido.

—No —dijo Feng—. La conté para que vea que hasta lo que parece más íntegro, más intacto, a veces está irreparablemente dañado.

Ling había comprendido el mensaje de Feng. Y esa noche, cuando Sau, que parecía el más fiel de sus colaboradores, entró en su habitación para clavarle una daga, estaba preparado para defenderse. El frustrado asesino quedó tendido en un charco de sangre. Una herida le cruzaba el pecho.

—Una grieta en el tazón —dijo Ling.

De Santis, Pablo (2006). “Un tazón de sopa”. En *Lengua 6*. Buenos Aires: Editorial Estrada, Serie Andamios.

Eje 2. Las formas del terror



El extraño

Aquella noche el Barón tuvo horribles sueños, y todos sus invitados, con sombras de hechizos, diablos y cadáveres, tuvieron las mismas pesadillas.

Keats

Qué desdichado es quien tiene recuerdos de la infancia que solo le traen temor y tristeza. Qué desgraciado es el que mira hacia atrás y no ve más que horas de soledad en enormes y lúgubres salones con cortinas oscuras y alucinantes hileras de libros antiguos. Qué infeliz es el que tiene espantosas vigili- as entre enormes y atemorizantes árboles como gigantes que agitan sus retorcidas ramas. Eso es lo que los dioses me dieron a mí: el aturdido, el frustrado, el estéril, el desarraigado. Y sin embargo, cuando mi mente trata de viajar *más allá*, me aferro a esos recuerdos marchitos y me siento extremadamente feliz.

Ignoro dónde nací, lo único que sé es que el castillo donde comenzó mi vida era infinitamente horrible y viejo, repleto de oscuros pasadizos y con techos muy altos en los que la mirada solo podía diferenciar las sombras de las arañas. Las piedras de los ruinosos pasillos estaban todos los días espantosamente húmedas y en todas partes había un olor horrible, como si hubiera un mon- tón de cadáveres acumulados a lo largo de varias generaciones. Allí no había nunca luz, de modo que solía encender velas para contar con alguna claridad. Cuando lo hacía, me quedaba mirándolas fijamente para buscar algo de alivio. Afuera, nunca brillaba el sol, ya que los impresionantes árboles crecían por encima de la torre más alta a la que yo tenía acceso. Había otra torre negra que sobrepasaba la arboleda en el desconocido cielo exterior, pero estaba casi en ruinas y no se podía acceder a ella a menos que se escalara por un muro escar- pado piedra por piedra.

Debo haber vivido años y años en ese lugar, pero no puedo medir el tiempo. Seguramente alguien debe haberse ocupado de mis necesidades, aunque no recuerdo a ninguna perso- na, excepto a mí mismo, ni a ningún ser viviente más allá de ratas, murciélagos y arañas, todos ellos muy si- lenciosos.



Supongo que quien me alimentó debió ser alguien sorprendentemente viejo, ya que mi primera idea de una persona viva fue la representación mental de mí mismo, aunque retorcido, marchito y deteriorado como el castillo. Para mí no había nada de monstruoso en los huesos y esqueletos que llenaban algunas de las tumbas de piedra excavadas en la parte más honda del castillo. En mi imaginación asociaba aquellas cosas con hechos cotidianos, pensaba que eran más reales que las imágenes de seres vivos a color que solía encontrar en muchos de los libros añejos que tenía.

De esos libros aprendí todo lo que sé. Ningún profesor me enseñó ni me guió, y no recuerdo haber oído una sola voz humana en todos esos largos años, ni siquiera la mía. Nunca se me ocurrió hablar en voz alta, aunque, por mis lecturas, sé que existe la palabra hablada.

Mi aspecto era también una cuestión ajena a mi mente, ya que en el castillo no había espejos. Entonces, por sentido común, creía que yo era semejante a las figuras juveniles que veía dibujadas en los libros. Tenía la sensación de ser joven, debido a lo poco que recordaba de mi vida anterior.

Afuera, del otro lado del pútrido foso y bajo los árboles mudos y sombríos, solía acostarme por horas y soñar acerca de lo que había leído en los libros. Me imaginaba a mí mismo en medio de una alegre multitud de personas en el mundo soleado que había más allá de los bosques interminables.

Una vez traté de escapar, pero a medida que me alejaba del castillo, la sombra se hacía cada vez más densa y el aire se llenaba de un miedo amenazante, de modo que retrocedí frenéticamente para no perderme en un laberinto de lúgubre silencio. Y así, a través de interminables crepúsculos, soñaba y esperaba, aunque sin saber exactamente qué. Pero luego, en la sombría soledad, mis ansias de luz crecieron tan desesperadamente que ya no pude descansar más y elevé mis manos hacia la única torre negra en ruinas que se elevaba por encima del bosque y llegaba al desconocido cielo exterior. Decidí escalarla, aunque podía caerme, ya que era mejor entrever el cielo y perecer en lugar de vivir sin ver nunca la luz del día.

Bajo la luz crepuscular, trepé por las gastadas y añejas escaleras hasta que llegué al nivel en que terminaban, y de allí en adelante seguí subiendo peligrosamente por vetustos peldaños de piedra en los que apenas entraba un pie. Aquel mortal cilindro de piedra por el que ascendía era espantoso y terrible, negro, ruinoso, solitario, siniestro, únicamente había un mudo aleteo de sobresaltados murciélagos. Pero más terrible y espantoso era mi ascenso veloz, ya que por más que subía y subía, la oscuridad que estaba encima de mi cabeza no se hacía menos intensa. A la vez un nuevo y gran escalofrío, como embrujado, recorrió todo mi cuerpo. Temblé mientras me preguntaba por qué la luz nunca llegaba. No me atrevía a mirar hacia abajo. Supuse que la noche había caído repentinamente sobre mí, e inútilmente, con la mano que me quedaba libre, tanteé las piedras en busca de la abertura de alguna ventana por la cual mirar hacia afuera e intentar calcular la altura que había alcanzado hasta ahora.

De pronto, tras una infinita e increíble subida sin respiro por aquel cóncavo y desesperado precipicio, sentí que mi cabeza tocaba una cosa sólida y supe que había llegado al techo o, al menos, a una especie de piso que daba hacia otra zona inexplorada. En medio de la oscuridad, levanté mi mano libre y toqué el obstáculo. Me di cuenta de que era de piedra e inamovible. Entonces di un mortal rodeo a la pared, aferrándome a los más leves puntos de apoyo que pude encontrar hasta que mi mano alzada halló la apertura y empecé nuevamente a subir, empujando con mi cabeza la puerta mientras usaba ambas manos para el temible ascenso. No había ninguna luz que se viera por encima y, mientras mis manos trepaban, me di cuenta de que, por el momento, mi ascenso había terminado porque la puerta llevaba a una abertura que a su vez conducía a una superficie de piedra de mayor circunferencia que la torre de abajo. Sin dudas, se trataba del suelo de un amplio y espacioso punto de observación. Me deslicé cuidadosamente a través de esa abertura tratando de evitar que la pesada losa se cayera, pero fracasé en este intento. Mientras me dejaba caer exhausto sobre el suelo de piedras, oí el eco fantasmal de cuando se cerró. Confié en que podría volver a levantarla cuando fuera necesario.

Creyendo que me encontraba a una altura importante, bien arriba de las malditas ramas de la arboleda boscosa, me arrastré hasta una de las ventanas, confiando en que por primera vez en mi vida podría mirar el cielo, la luna y las estrellas, sobre las que tanto había leído.

Sin embargo, me decepcioné tremendamente, ya que todo lo que vi fueron unas vastas estanterías de mármol que contenían unas deterioradas cajas alargadas de un tamaño perturbador. Más reflexionaba y más me preguntaba qué viejos secretos debía albergar aquel sitio, edificado tan lejos del castillo que se encontraba muy por debajo.

Luego, inesperadamente, mis manos se toparon con una entrada que tenía un portal de piedra con extraños dibujos tallados en él. Probé abrirlo, pero estaba trabado. Con un esfuerzo supremo, superé todos los obstáculos y logré meterme. Una vez adentro, sentí el más puro de los éxtasis que jamás había conocido, ya que, brillando tranquilamente a través de una decorada reja de hierro y encima de un corto pasillo de escalinatas que ascendía desde el recién descubierto portal de piedra, estaba la radiante luna llena, la que nunca había visto más que en sueños y visiones difusas que no me atrevo a llamar recuerdos.



Fantaseando ahora con que había alcanzado la verdadera cima del castillo, comencé a apurarme a subir los pocos escalones que había luego del portal, pero el rápido velo de una nube sobre la luna me hizo tropezar y me vi obligado a continuar con lentitud en la oscuridad. Estaba todavía muy oscuro cuando llegué a la reja. Se encontraba destrabada, pero no la abrí por miedo a caerme de la extraordinaria altura a la que había ascendido. Luego, apareció nuevamente la luna.

El impacto más tremendo es aquel que procede de lo inesperado y terroríficamente increíble. Nada de lo que había padecido podía compararse en horror con lo que ahora vi, con las extrañas sorpresas que se ofrecían a mi vista. El panorama en sí era tan sencillo como asombroso, ya que consistía simplemente en esto: en lugar de una impresionante perspectiva de copas de árboles vistas desde una altura imponente, se extendía a mi alrededor, al mismo nivel de la reja, nada menos que *el sólido suelo*, sembrado de losas y columnas de mármol, oscurecido por la sombra de un antiguo templo de piedra, cuya punta brillaba espectralmente a la luz de la luna.

Medio inconsciente, abrí la reja y avancé bamboleándome por la senda de ripio que se extendía en dos direcciones. Mi mente, si bien estaba aturdida y en caos, todavía mantenía el frenético deseo por la luz. Ni siquiera la fantástica maravilla que había sucedido me iba a impedir buscarla. No sabía ni me importaba si lo que me estaba sucediendo era locura, sueño o magia. Estaba decidido a contemplar el brillo y la alegría a toda costa. No sabía quién era o qué era yo, y qué podía ser lo que me rodeaba, aunque mientras seguía avanzando, empecé a tener consciencia de una especie de oculto y aterrador recuerdo que hacía que mi avance no fuera tan casual. Pasé debajo de un arco ya por fuera de la zona de losas y columnas, y caminé por un terreno completamente abierto, a veces siguiendo el camino visible y a veces abandonándolo para atravesar unos prados en los que solo ruinas ocasionales indicaban la antigua presencia de un camino olvidado. En un momento crucé a nado un rápido río que al costado dejaba ver unas piedras desmoronadas y musgosas que eran la huella de un puente desaparecido hacía tiempo.

Salté por la ventana y entré al salón magníficamente iluminado, pasando de la radiante emoción y esperanza al más oscuro ataque de desesperación y realidad. La pesadilla estaba comenzando.

Apenas entré, sucedió una de las más aterradoras reacciones que jamás pude imaginar. No bien puse un pie en el salón, hubo, en todos los invitados a la fiesta, un repentino e inesperado miedo de espantosa intensidad que desencajó todos los rostros e hizo surgir los más horribles gritos de casi todas las gargantas. La huida fue general y, en medio del clamor y del pánico, muchos se desmayaron y fueron arrastrados por quienes, con locura, se escapaban. Muchos otros se cubrieron los ojos con sus manos y, queriendo huir desesperadamente, se tropezaron con muebles y se estrellaron contra las paredes antes de llegar a una de las numerosas puertas.

Los gritos eran impresionantes, y mientras estaba de pie solo y aturdido en el centro del salón, escuchando sus ecos cada vez más apagados, temblé pensando en lo que podría estar oculto cerca de mí sin que lo pudiera ver. A primera vista, todo parecía ahora desierto, pero cuando me dirigí a uno de los rincones, detecté una presencia, sentí que algo se movía detrás del arco dorado del portal que a su vez conducía a otro salón. A medida que me acercaba al arco, empecé a percibir más claramente la presencia y, luego, con el primer y último de los sonidos pronunciados por mí —un espantoso aullido que me revolvió el estómago tanto como su dañina causa— me encontré delante de la inconcebible, indescriptible e innombrable monstruosidad, cuya aparición había convertido a un grupo alegre de invitados a una fiesta en una manada de delirantes fugitivos.

No puedo siquiera dar una pista de cómo era esta presencia, pues era una mezcla de todo lo sucio, insólito, desagradable, anormal y abominable. Era la sombra macabra de la podredumbre, decrepitud y desolación. Era el fantasma de una malsana revelación. Era la espantosa representación de lo que la piadosa tierra debe ocultar para siempre. Dios sabe que eso no era de este mundo —o había dejado de serlo hace bastante tiempo—. Sin embargo, horrorizado, noté, por su contorno consumido hasta los huesos, que su aspecto general era el de un malicioso y aberrante cuerpo humano. En su vestimenta, musgosa y desintegrada, había una atroz naturaleza que me estremecía todavía más.

Quedé casi paralizado, pero no lo suficiente como para no hacer un débil esfuerzo para huir: di un pequeño tropiezo hacia atrás que no logró romper el hechizo en el que el monstruo sin nombre y sin voz me había atrapado. Mis ojos, embrujados, no se podían apartar de los suyos, que me miraban fija y asquerosamente, a pesar de estar borrosos luego del impacto inicial. Traté de levantar la mano para interponerla entre mis ojos y la monstruosa visión, pero estaba tan impresionado que mis nervios no consiguieron hacer obedecer a mi brazo. De todos modos, el intento sirvió para alterar mi equilibrio. Tambaleé y di unos pasos hacia adelante para no caer. Al hacerlo me di cuenta enseguida y con angustia de la cercanía de esa cosa inmunda, cuya horrible y hueca respiración tenía la impresión de oír. Casi enloquecido, encontré las fuerzas necesarias para alzar una mano, protegiéndome de la fétida imagen, que se acercaba más y más,

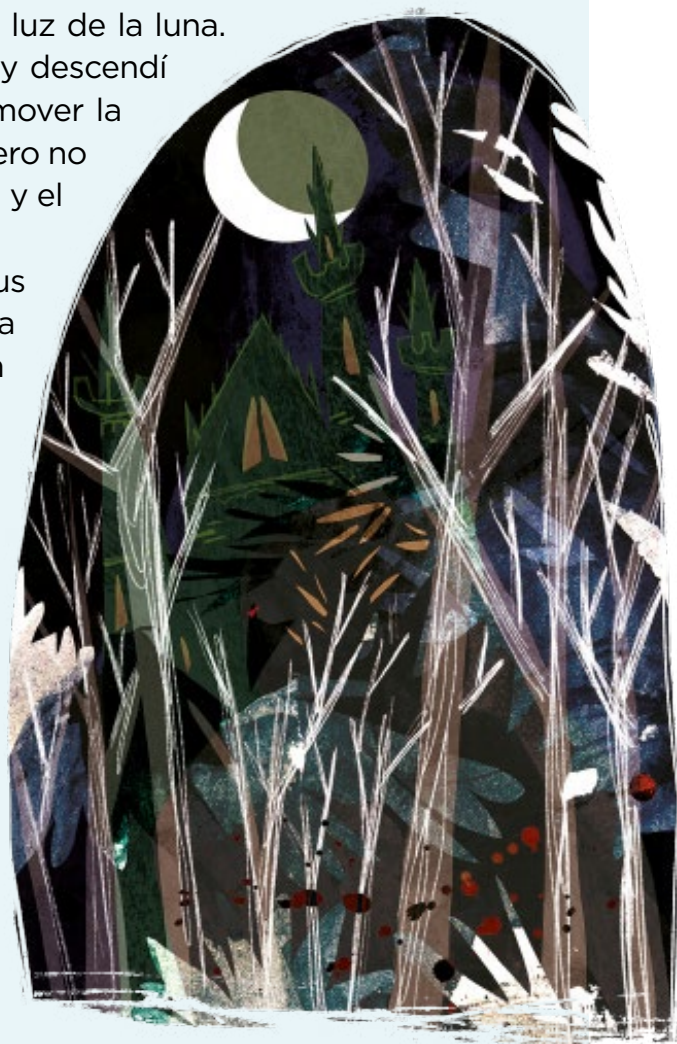


cuando, de pronto, en un catastrófico e infernal instante de casualidad cósmica, *mis dedos tocaron la extremidad putrefacta que el monstruo extendía por debajo del arco dorado.*

No grité, pero todos los espíritus malignos que cabalgan en los vientos nocturnos gritaron por mí, a la vez que dejaron caer en mi mente una fugaz avalancha de memorias que arrasan el alma. Supe en ese mismo momento todo lo que yo había sido. Recordé el temible castillo y los árboles. Reconocí la ahora modificada construcción en la que me encontraba. Y lo más terrible de todo, reconocí la horrenda abominación que me estaba observando fijamente mientras retiraba mis destruidos dedos de los suyos.

Pero en el cosmos existe el bálsamo además de la amargura, y ese bálsamo es el olvido. En el supremo horror de ese instante olvidé lo que me había espantado y el estallido del recuerdo se desvaneció en un caos de reiteradas imágenes. Como en un sueño, huí de aquel sitio encantado y maldicho. Corrí rápida y silenciosamente a la luz de la luna. Cuando regresé al cementerio de mármol y descendí por las escaleras, encontré que no podía mover la puerta de piedra para volver a mi castillo. Pero no lo lamenté, porque odiaba mi vieja vivienda y el oscuro bosque que la rodeaba.

Ahora paseo con los amigables espíritus malignos a la luz de la luna, y durante el día juego entre las catacumbas de Nefre-Ka, en el secreto y desconocido valle de Hadoth sobre el Nilo. Sé que la luz no es para mí, excepto la de la luna sobre las rocosas tumbas de Neb, así como tampoco es para mí la alegría, salvo por las ocultas fiestas de Nikotris bajo la Gran Pirámide. Y sin embargo, en mi nueva vida salvaje y libre, le doy la bienvenida a la amargura de ser un extraño. Ya que, a pesar de que el olvido me ha brindado calma, siempre sabré que, en este siglo, soy un forastero, un completo extranjero entre aquellos seres que todavía son humanos. Esto lo he sabido desde que estiré mis dedos al monstruo en aquel gran marco dorado y toqué una fría y firme superficie del pulido cristal.



Lovecraft, Howard Phillips (1926). "The Outsider". En revista estadounidense *Weird Tales*, volumen 7, número 4. Traducción de Mariana D'Agostino y Ludmila Vergini para *Estudiar y aprender*, Tomo 2 de 1º año. Buenos Aires: Ministerio de Educación GCBA, 2021.

El desentierro de la angelita (fragmento)

A mi abuela no le gustaba la lluvia y antes de que cayeran las primeras gotas, cuando el cielo se oscurecía, salía al patio del fondo con botellas y las enterraba hasta la mitad, todo el pico bajo tierra. Yo la seguía y le preguntaba abuela por qué no te gusta la lluvia por qué no te gusta. Pero ella, nada, evasiva, con la palita en la mano, frunciendo la nariz para oler la humedad en el aire. Si finalmente llovía, fuera garúa o tormenta, cerraba puertas y ventanas y subía el volumen del televisor hasta tapar el ruido de las gotas y el viento —el techo de su casa era de chapa—, y si el aguacero coincidía con su serie favorita, Combate, no había quien pudiera sacarle una palabra porque estaba perdidamente enamorada de Vic Morrow.

Yo adoraba la lluvia porque ablandaba la tierra seca y permitía que se desatara mi manía excavatoria. ¡Qué de pozos! Usaba la misma pala que la abuela, una muy chica, del tamaño que usaría un niño para jugar en la playa, pero de metal y madera, no de plástico. La tierra del fondo albergaba pedacitos de botellas de vidrio color verde, con los bordes tan lisos que ya no cortaban; piedras suaves que parecían cantos rodados o pequeñas rocas de playa, ¿por qué estarían en el fondo de mi casa? Alguien debía haberlas sepultado. Una vez encontré una piedra ovalada, del tamaño y color de una cucaracha pero sin patas ni antenas. De un lado era lisa, del otro unas muescas formaban los claros rasgos de una cara sonriente. Se la mostré a mi papá, enloquecida porque creía encontrarme ante una reliquia, y me dijo que las marcas formaban un rostro de casualidad. Mi papá nunca se entusiasmaba. También encontré dados negros, con los puntos blancos ya casi invisibles. Encontré restos de vidrios esmerilados verde manzana y turquesa. Mi abuela se acordó de que habían sido parte de una puerta vieja. También jugaba con lombrices y las cortaba en pedacitos bien chiquitos. No me divertía ver el cuerpo dividido retorciéndose un poco para al final seguir adelante. Me parecía que si picaba bien a la lombriz, como a una cebolla, sin dejar contacto alguno entre los anillos, no iba a poder reconstruirse. Nunca me gustaron los bichos.

Encontré los huesos después de una tormenta que convirtió al cuadrado de tierra del fondo en una piscina de barro. Los guardé en el balde que usaba para llevar los tesoros hasta la pileta del patio, donde los lavaba. Se los mostré a papá. Dijo que eran huesos de pollo,



o a lo mejor de bifos de lomo, o de alguna mascota muerta que debían haber enterrado hacía mucho. Perros o gatos. Insistía con lo de los pollos porque antes, en el fondo, cuando él era chico, mi abuela tenía un gallinero.

Parecía una explicación posible hasta que mi abuela se enteró de los huesitos y empezó a arrancarse los pelos y a gritar; la angelita la angelita. Pero el escándalo no duró mucho bajo la mirada de papá: él admitía las “supersticiones” (así las llamaba) de la abuela siempre y cuando no se desbordara. Ella le conocía el gesto de desaprobación y se tranquilizó a la fuerza. Me pidió los huesitos y se los di. Después me pidió que me fuera a la habitación a dormir. Yo me enojé un poco porque no entendía la causa de la penitencia.

Pero más tarde, esa misma noche, me llamó y me contó todo. Era la hermana número diez u once, mi abuela no estaba demasiado segura, en aquel entonces no se les prestaba tanta atención a los chicos. Se había muerto a los pocos meses de nacida, entre fiebres y diarrea. Como era angelita, la sentaron sobre una mesa adornada con flores, envuelta en un trapo rosa, apoyada en un almohadón. Le hicieron alitas de cartón para que subiera al cielo más rápido, y no le llenaron la boca de pétalos de flores rojas porque a la mamá, mi bisabuela, le impresionaba, le parecía sangre. Hubo baile y canto toda la noche, y hasta hubo que echar a un tío borracho y reanimar a mi bisabuela, que se desmayó por el llanto y el calor. Una rezadora india cantó trisagios, y lo único que les cobró fue unas empanadas.

—¿Eso fue acá, abuela?

—No, en Salavina, en Santiago. ¡Hacía un calor!

—Entonces no son los huesos de la nena, si se murió allá.

—Sí que son. Yo me los traje cuando vinimos para acá. No la quise dejar porque lloraba todas las noches, pobrecita. Si lloraba con nosotros cerquita, en la casa, ilo que iba a llorar sola, abandonada! Así que me la traje. Ya era huesitos nomás, la puse en una bolsa y la enterré acá en los fondos. Ni tu abuelo sabía. Ni tu bisabuela, nadie. Es que nomás yo la escuchaba llorar. Tu bisabuelo también, pero se hacía el tonto.

—¿Y acá llora la nena?

—Cuando llueve, nomás.

Después le pregunté a mi papá si la historia de la nena angelita era cierta, y él dijo que la abuela ya estaba muy grande y desvariaba. Muy convencido no parecía, o a lo mejor le resultaba incómoda la conversación. Después la abuela se murió, la casa se vendió, yo me fui a vivir sola sin marido ni hijos; mi papá se quedó con un departamento de Balvanera, y me olvidé de la angelita.

Hasta que apareció al lado de la cama, en mi departamento, diez años después, llorando, una noche de tormenta.

(Continúa. Para acceder al cuento completo, hacer [clic aquí](#).)

Enriquez, Mariana (2012). “El desentierro de la angelita”.
En *Página/12*, 3 de febrero.

Notas sobre el arte de escribir cuentos extraños (fragmento)

La razón por la cual escribo cuentos de terror es porque me producen una satisfacción personal y me acercan a la vaga, escurridiza, fragmentaria sensación de lo maravilloso, de lo bello y de las visiones que me llenan con ciertas perspectivas (escenas, arquitecturas, paisajes, atmósfera, etc.), ideas, ocurrencias e imágenes. Mi predilección por los relatos sobrenaturales se debe a que encajan perfectamente con mis inclinaciones personales. Estos cuentos tratan de incrementar la sensación de miedo, ya que el miedo es nuestra más fuerte y profunda emoción, y una de las que mejor se presta a desafiar las leyes naturales. El terror y lo desconocido están siempre relacionados, tan íntimamente unidos que es difícil crear una imagen convincente de la destrucción de las leyes naturales y de las presencias exteriores sin hacer énfasis en el sentimiento de miedo y horror.

Mi forma personal de escribir un cuento es evidentemente una manera particular de expresarme; quizá un poco limitada, pero tan antigua y permanente como la literatura en sí misma. Siempre existirá un número determinado de personas que tenga gran curiosidad por el desconocido espacio exterior, y un deseo ardiente por escapar de la morada—prisión de lo conocido y lo real, para deambular por las regiones encantadas llenas de aventuras y posibilidades infinitas a las que sólo los sueños pueden acercarse: las profundidades de los bosques añosos, la maravilla de fantásticas torres y las llameantes y asombrosas puestas de sol.

Lovecraft, Howard Phillips (1933). “Notas sobre el arte de escribir cuentos extraños” (fragmento). En *El horror sobrenatural en la literatura*. Buenos Aires: Leviatán, 1998. Versión adaptada.

El cuento por su autor

“El desentierro de la angelita” viene de algunos pocos recuerdos obsesivos, esos recuerdos-murmullo que, de tanto pensarlos, dejan de parecerse a lo que realmente pasó. Mi abuela tuvo una hermana que murió antes de cumplir dos años y que fue enterrada en el fondo de su casa. Esa niña muerta en el patio me daba miedo. Si mi abuela contaba que la niña lloraba de noche, bajo la tierra, no lo sé, al menos no lo sé con certeza; recuerdo que lo contaba, pero dudo de que el recuerdo sea cierto. Esa niña nunca fue velada como angelita, eso es seguro.

A mí me gustaba cavar en el pequeño cuadrado de tierra del fondo de mi casa en Lanús: encontraba vidrios y dados y huesos, sobre todo muchos huesos de pollo —al menos eso me decían—. Es posible que haya desenterrado a una vieja mascota de la familia o los huesos de los animales de mi abuelo, que

improvisaba zoológicos (llegó a tener un venado y un pavo real en la casa). De todos los hallazgos, el que más recuerdo es una piedra negra parecida a un escarabajo que tenía una cara tallada y conservé mucho tiempo. No sé cuándo la perdí.

Las excavaciones y la niña muerta se unieron para este cuento que escribí como si me lo dictaran. No me gusta leer prosa en voz alta —ni escuchar leer, para el caso—, pero cuando alguien me pide que lo haga y yo accedo por buena educación, suelo elegir este cuento, porque hace reír a la gente. Me dicen que tiene humor negro, pero yo creo que se ríen de nerviosos. También es el favorito de los adolescentes, por eso confío en él. Cuando lo escribí no me sentí ensañada, pero ahora me doy cuenta de que el relato guarda una sonrisa cruel. Es uno de los pocos cuentos de fantasmas que haya escrito, y Angelita es un fantasma bastante atípico, que se esconde muy poco —un fantasma gore—.

Supongo que “El desentierro de la angelita” es un cuento sobre los fantasmas familiares y los muertos sin tumba y los restos humanos sin nombre. Pero también es un homenaje a los niños fantasma que alguna vez me asustaron: Catherine Earnshaw y su mano helada en *Cumbres borrascosas*, Toshio con su boca abierta en la película *Ju-On*, los niños que se esconden bajo la capa del Fantasma de las Navidades Presentes de Dickens (Ignorancia y Necesidad creo que se llaman, “Ignorance” y “Want”), Tomás, el niño de la máscara que oculta un rostro deforme en *El orfanato* de J. A. Bayona y el terrible Gage de *Cementerio de animales*, de Stephen King, rey de los niños muertos.

Enriquez, Mariana (2012). “El cuento por su autor”. En *Página/12*, 3 de febrero. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/verano12/23-186790-2012-02-03.html>.

Eje 3. Desplazamientos

Cruzar la autopista

Disponible también en audio aquí:
<https://bit.ly/3ynVQll>



La autopista se extendía brillante ante los ojos de Mirlo, que inspeccionaba cada objeto desde las ventanillas del micro. Veía la Torre Conectora, las vías de accesos, la autopista de varios niveles en una partitura de concreto que avanzaba y salía de Capitalia. Mirlo empezó a enumerar el nombre de las conexiones en voz baja, como un mantra que servía para aplacar sus nervios. Podía reconocer las calles en los carteles y recitar de memoria la ruta que una semana atrás había empezado a recorrer. Mirlo lo presentía, así comenzaba una historia de superación. Se veía a sí mismo volviendo a Tierra Adentro como un exitoso hombre del negocio de los neumáticos o, quizás, un profesor de la Universidad Transitante.

—Ahí tenés tu Capitalia, nene —la voz del chofer interrumpió la imagen de Mirlo, que volvía al pueblo manejando un sedán de cinco puertas. Sentado en la orilla de la escalinata que comunicaba la cabina del chofer con el primer piso del micro, él aceptaba los comentarios con la condición de ver la ciudad. El resto de los pasajeros dormía en el piso de arriba, desde donde llegaba la música de un arroyo. Esa era una política de la empresa de trasbordos que, según decía uno de los panfletos, incentivaba el sueño. Mirlo no había dormido desde la última estación, no quería perderse ni un segundo el espectáculo de la ciudad que se abría delante de él.

—Decime qué te puede gustar de este lugar —le dijo el chofer.

Mirlo había tomado tres micros, un tren rápido y un camión de carga para salir de Tierra Adentro. Ahora, sentía que las palabras del conductor eran una prueba más para llegar a Capitalia.



—Acá no se puede vivir —dijo el chofer que examinaba a Mirlo por el espejo retrovisor—. Mirala bien, nene, en esta ciudad nadie vive bien.

Mirlo se agachó para esquivar la cortina de pana y ver la ciudad por el parabrisas. Pensaba que el chofer lo había hecho a propósito, había esperado la hora justa de la tarde para entrar por la Autopista Oeste, cuando el sol lanza un estallido de colores entre los vidrios espejados de los autos, las torres de peaje y el manto del río. El viento de la tarde había dispersado la nube de polución y se veía nítida la Torre Conectora, centro de Capitalia, que reunía autopistas, ingresos y peajes como la cabeza de un pulpo. El atardecer brillante confirmaba la esperanza de Mirlo; después de dos semanas de viaje, estaba allí, ¿qué podía salir mal?

El chofer le regalaba esta postal para que él la grabara a fuego en su cabeza. Por eso, no lo interrumpió, dejó que continuara su prédica de inseguridades, falta de oportunidades y abatimiento que “hacen la vida de todo capitalino”. Mirlo sabía que los dos se oponían en algo fundamental: la ciudad podía ser el infierno de la velocidad o el paraíso de la autosuperación de un muchachito débil, nervioso, que se perturbaba cuando un desconocido le preguntaba su nombre. No había grises ni tonalidades. Tan solo una sensación en el cuerpo que te hacía amar u odiar a Capitalia. Y allí, Mirlo advertía en lo profundo de su estómago que se había enamorado de la ciudad, de ese retrato que se proyectaba en el parabrisas, mientras continuaba el parloteo del chofer.

—Una vida sin descanso, nene. Imaginate no parar un segundo. No sabés cómo es vivir acá.

Una semana atrás, uno de los camioneros de Tierra Adentro le había dicho la misma frase “no sabés cómo es la vida allá”. Él conocía los informes tremendistas que pasaban en la televisión y había leído lo que tuviera a su alcance sobre la ciudad, las autopistas y cómo llegar desde Tierra Adentro. Los camiones aparecían en la época de la cosecha y desaparecían tan rápido como habían llegado. Mirlo tuvo que sobornar a uno de los camioneros para que lo llevara fuera del pueblo. De pocas palabras, el camionero solo apuntó a decirle que “cada vez están más jodidos con las migraciones” y lo dejó en las afueras de Conexión 23, donde los controles eran más laxos. Allí, podía tomar un tren rápido para Nódulo Norte y buscar las conexiones para llegar a Capitalia. Los micros cambiaban de tamaño a medida que se acercaban a la ciudad, el número de pisos ascendía y se volvían cada vez más complejos y sofisticados. El último tenía varios acoplados, dos niveles, sistema de purificación y pasaba música para dormir a los pasajeros.

Ahora la imagen de la ruta interminable se extendía, daba varias vueltas en círculos y mecía a Mirlo hasta hacerlo cabecear del sueño.

—Además, ¿qué pito vas a tocar en Capitalia sin auto? —Mirlo se despabiló, el chofer había dado en la tecla, el punto más débil del plan que, lo reconocía, no estaba resuelto. Le contestó que un primo le había ofrecido su auto, porque quería mudarse a un compacto familiar. La esposa estaba embarazada y habían buscado algo más grande para vivir cómodos los tres. Mirlo podía utilizar el auto de soltero hasta que consiguiera un trabajo y comprara el suyo. Escuchar su his-

toria, que sonaba tan verosímil, lo satisfacía como si fuera cierta.

—¿Y de qué pensás laburar en Capitalia? —la respiración del chofer se confundía con el ruido del sistema de purificación. Una pantallita marcaba un índice en letras rojas.

A Mirlo le hubiera gustado decirle “voy a hacer la mía”, un gesto de valor para mostrarle al chofer que no valía la pena seguir discutiendo. Eso pensó, pero en cambio, dijo con voz nerviosa un tímido “ya veré”.

—“Ya veré...” —repitió el conductor—. ¿Decime que no pensás terminar en un peaje?

Mirlo se quedó callado. Vio por la ventana el borde de concreto de la autopista. En los niveles inferiores los autos deportivos, familiares, colectivos de trabajo se acoplaban y desacoplaban en un baile: el fluir constante de Capitalia.

Mirlo fue uno de los últimos jóvenes que dejaron Tierra Adentro. Antes de él, el menor de los Giuliani se había ido a Nódulo Sur para trabajar en una de las purificadoras. A partir de ese momento, Mirlo vio cómo el pueblo envejecía con rapidez. Sus vecinos se iban transformando, las vértebras de sus columnas se encorvaban sobre sí mismas y sus frentes se arrugaban como el cuero al sol. Pronto, casi todo el pueblo necesitó andadores para caminar. Al viejo Antonino lo encontraron muerto en la puerta de su casa, parado como una estatua.

A veces la televisión satelital pasaba documentales sobre los “últimos pueblos sedentarios”, donde la vida era a pie y en un solo lugar. Las imágenes reproducían Tierra Adentro, mientras Mirlo se imaginaba a sí mismo en un sedán familiar de Capitalia. Esa sensación de verse duplicado en la pantalla de televisión hizo que se decidiera. Por eso, le contestó que no al menor de los Giuliani cuando le propuso que lo acompañara a Nódulo Sur. Le dijo que su madre lo necesitaba.

Después de la muerte de su esposo, la madre de Mirlo optó por la vía menos esforzada de morirse: el mutismo. Lo hizo de a poco, cada día restaba una palabra y una sílaba a la extensión de sus frases.

—Buen día, vieja.

—Buen...

—¿Cómo te levantaste hoy?



—...

Mirlo registraba cómo su madre se sumergía en el silencio, contaba las palabras que decía por día, hasta que sus respuestas se volvieron simples exclamaciones que parecían hechas por un animal. Los días de su madre se resumían en levantarse, caminar con el andador hasta el sillón del living, encender el televisor y ver las repeticiones de las carreras de caballos. Entre carrera y carrera, pasaban un tango.

Mirlo esperó que una de las carreras de caballos terminara para explicarle la decisión a su madre.

—Le dije a la viuda de Antonino que me avise si te pasa algo.

—...

—Ni bien tenga un teléfono, te llamo.

—...

Al ver los ojos de su madre, como un disco gris hecho de cenizas, se convenció de que irse era lo mejor. No podía llevarla, ni detenerse junto a ella. Más aún, si pensaba llegar hasta Capitalia. Le besó la frente y salió de la casa.

Aprovechó la cosecha para irse. Había reunido algo de plata con los trabajos en el almacén —Mirlo era el único que podía cargar y descargar los sacos de harina y alcanzar las latas en lo alto de las repisas— y se fue cuando el camionero aceptó llevarlo. En Conexión 23 compró un mapa con el tendido de trenes, micros y rutas que iban a Capitalia y pasó los días estudiando el camino que debía seguir.

Mirlo ató la cortina de pana para que no volviera a taparle la vista. Después de calcular por días las conexiones, estaba en la ciudad. Iba a llegar a la Torre Conectora y, de allí, solo tenía que buscar el primer peaje que lo recibiera (“Siempre necesitan gente; pero hay que bancarse la vida encerrado”, le había contado un hombre obeso sentado en la butaca de al lado en el tren de Conexión 23). El chofer había tomado por una de las laterales, así que la panorámica de la ciudad aparecía en uno de los costados. Frenó en un semáforo, la cola de autos que se amontonaban no dejaba ver el asfalto de la autopista. Mirlo revisó los autos de varios pisos, con familias enteras, recién levantadas, un par de oficinistas llevando carpetas en la mano de un lado a otro. La sensación de estar detenido en un lugar, donde solo se puede acelerar, lo puso nervioso. El chofer tocó la bocina y abrió la ventanilla:

—Muévanse —gritó, mientras se filtraba un aire seco, arenoso. Mirlo escondió la tos.

—Ves. Ni te aguantás dos segundos este aire. ¿Qué vas a hacer acá?

El chofer dobló en la colectora y aceleró por uno de los niveles inferiores. Mirlo se sostuvo contra una de las paredes y volvió a sentarse en la escalinata. Solo podía ver un túnel de concreto que se prolongaba con luces artificiales. Suponía que estaban en Zona Este y que tardarían una hora en llegar hacia la Torre. Quizás menos. Se detuvieron en un peaje, el chofer estiró la mano para dar un par de monedas al empleado detrás de la ventanilla del peaje.

—Pobre pibe —dijo el chofer. Mirlo vio por la ventana a un empleado con la cara estriada y obeso hasta el límite. El chofer tomó por una circunvalación que ascendía y cambió de carril donde una flecha luminosa indicaba “Hacia el Centro”.

—Vas a tener que subir y agarrar tus cosas. Cuando llegemos a la estación no vas a tener tiempo —le dijo.

Mirlo sintió que había estado practicando para este momento. Se paró y vio por última vez a través del parabrisas. Reconoció a lo lejos una de las entradas a la Torre, entre los portones que se conectaban a la autopista. Ya estaban cerca. Subió al piso superior, tomó aire y buscó su bolso en una de las guanteras, mientras escuchaba por los parlantes la voz distorsionada del chofer. Faltaban pocos minutos para detenerse, la compañía no se responsabilizaba por los objetos que dejaran los clientes al momento de la expulsión, ni tampoco por si alguno de ellos se detenía más del tiempo estimado. Mirlo buscó su bolso y lo sostuvo con fuerza. Cuando el micro frenó y se acopló en una de los portones de ingreso, el chofer lo saludo a través de la ventanilla con dos dedos en la sien.

Mirlo puso el pie en la planta baja de la Torre y una estampida de pasajeros, que se había amontado detrás de él, lo empujó hacia delante. El micro arrancó de inmediato cuando todos estaban abajo. Los pisos de la Torre se multiplicaban en una espiral hacia la cúpula de vidrio por la cual entraba la luz del sol. Él sintió que por fin estaba allí, en el centro, parado entre las multitudes que bajaban de los autos y micros y corrían a la siguiente conexión en un movimiento constante que, Mirlo así lo sentía, había sido sincronizado para que él lo viera. Su fascinación iba en ascenso, como las pantallas hacia el centro de la cúpula, que anunciaban una marca de neumáticos aprobados por una modelo, aceites refrigerantes y pastillas para dormir que aseguraban la “estabilidad de su familia”. Se vio, como si fuera un pájaro, entrar por uno de las ventilaciones de la cúpula y recorrer los pisos en picada desde el techo hasta llegar a donde él estaba parado. El aire filtrado se mezclaba con una corriente seca que entraba cuando se abrían las compuertas.

—¿Qué hace detenido? —Mirlo salió de su visión de un salto.

—No puede estar detenido —Dos hombres con uniformes daban vueltas alrededor de él, la única persona que estaba quieta.

—¿Cuál es su conexión? —la voz de uno de los uniformados se perdía en el movimiento en círculos. Los dos rodeaban a Mirlo.

—No puede estar detenido.

—¿Dónde están sus credenciales de transitante? —mientras uno hablaba, el otro lo interrumpía. Mirlo no sabía a cuál de los dos dirigirse, ni en qué dirección hablar. Los uniformados dibujaban círculos alrededor de él. Empezó a caminar hacia uno de los carteles que decía Barrio Oblicuo, los dos uniformados lo rodeaban sin tocarlo.

- Camine más rápido.
- ¿Por qué se detiene?
- ¿Cuál es su conexión?

Él no sabía qué decir, de repente su plan se había quedado en blanco. Había visto desde la ventanilla del micro que uno de los peajes no estaba lejos. Pero, ¿en qué dirección y cómo llegar hasta ahí?

- ¿Dónde está su auto?

Mirlo se detuvo frente a una de las compuertas que se abrían y cerraban. La corriente de aire lo despeinaba. Podía ver a lo lejos la casilla del peaje, donde los autos desaceleraban para pagar. Allí tenía que llegar.

- Ese peaje... —Mirlo no terminó la frase.
- ¿Qué peaje?
- ¿Dónde está su auto?
- Muéstreme sus credenciales.

Sabía de gente que se suicidaba así. Saltaba desde la estación hacia la autopista y moría en el acto o cuando un colectivo la alcanzaba. Los capitalianos se quejaban porque detenía el tránsito y aislaba una porción de la ciudad hasta que terminaban de limpiar. Siempre le había parecido una forma tonta de morir. Él no iba a detenerse ahora. Tan cerca. Puso el pie en el cordón y cuando la compuerta se abrió, pegó un salto hacia la autopista. Sintió el golpe contra el concreto y el aire duro como un soplo de arena en la cara. Se puso de pie y empezó a correr en dirección al peaje, siguió las líneas blancas y los carteles luminosos, mientras escuchaba los bocinazos de los autos que avanzaban.

Marinero, Salvador (2019). "Cruzar la autopista". En *Leer y viajar. Antología de cuentos argentinos contemporáneos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación GCBA.

Disponible completa en:

<https://biblioteca-digital.bue.edu.ar/descargar/Ob5de1-voces-sec-leer-y-viajar.pdf>

Akasha

Disponible también en audio aquí:
<https://bit.ly/3OI9htL>



Según el hinduismo, el Akasha es aquella sustancia etérea más sutil y frágil. Constituye el poder espiritual de carácter omnipresente, que se encuentra en todo el universo y es la energía con la que se forma el espíritu. Sería el vehículo de la vida y de la muerte.

Cierro mis ojos para descansar. La luz de la cabina es muy fuerte y me molesta. O quizás solo estoy fatigada. El tren arranca tras cerrar sus puertas. Tiene un andar suave, delicado. El sonido de las ruedas sobre las vías es un canto arrullador. Miro por la ventana y, a pesar de la velocidad, logro ver el cielo. "Estamos en un puente muy alto", pienso. El horizonte es naranja, luminoso. Abajo hay

destellos de luz que rebotan por todos lados. Siento el aire que me rodea, me eleva, y vuelo como un pájaro. Extiendo mis brazos, mis dedos se deslizan por el espacio. Se convierten en alas y la libertad es mía. Cuando doy vuelta con mis alas, rozo algo y vuelvo al tren como quien despierta de un sueño. “Podría jurar que estaba sola”, digo con una sonrisa. Pero mi acompañante no dice nada. Ni siquiera me mira.

La puerta se abre de golpe y me saca del ensueño. ¿Cuánto hace que estoy sentada? No lo sé. Pero, por alguna razón, no me importa... al menos no por ahora. Estoy en un moderno tren. Es cómodo y placentero viajar, aunque creo que es la primera vez que lo hago. Sí, y me despierta una inmensa curiosidad.

Miro hacia la puerta que se abrió segundos antes. Hay un árbol naranja lleno de frutos rojos, brillantes. La luz del sol atraviesa el follaje, lo enciende. Pienso en el fuego, en lo caprichoso de la naturaleza. Siento un abrazo cálido y digo: “Me encanta ese lugar”. Sin embargo, no me levanto porque no es mi parada. ¿Cómo lo sé? No tengo idea.

Mi sonrisa se borra. El silencio me hace sentir incómoda, aunque intento no demostrar nada. Con ese malestar, miro otra vez por la ventanilla. Ahora el tren apenas se mueve.

“¿A dónde voy?”, me pregunto. “¿Acaso importa?”, escucho. Miro a mi acompañante pensando en que quizás sea quien respondió. De alguna forma, pensar en eso es casi como tener ilusión de algo. De que no estoy tan sola, quizás. Pero sigue en su estado de petrificación. Vuelvo a pensar si es importante saber a dónde voy, a dónde vamos. Pero me importa más esta nueva sensación de desamparo.

Un sacudón. El tren toma una curva a gran velocidad. Acelera, da vértigo. Desciende de las alturas como si se tratase de una montaña rusa. El mareo es horrible, y fijo la mirada en un cartel pequeño que tengo frente a mí. Sus letras son de color azul y el fondo, rojo. Creo que lo que allí está escrito es importante. Lo leo varias veces, tratando de entender el significado: “No se mueva del asiento hasta que llegue a su destino. Solo cuando llegue a su lugar se podrá mover”. Es un extraño juego de palabras. Sobre todo, porque no sé a dónde voy. Pero hago la prueba, intento pararme. Imposible. Algo me mantiene pegada al asiento.



La puerta se abre una vez más. Es invierno afuera. Pienso en vacaciones en la montaña, en muñecos de nieve, en chocolate caliente. Es una sensación que me envuelve. Siento el aroma a pino y la calidez de una caricia. Veo la nieve esparcida hasta el horizonte y un cielo gris, encapotado. Me invita a pensar en reuniones al pie de una enorme chimenea. Pero mi corazón dice que aún no debo descender. Miro a mi acompañante y sigue igual. Es como una estatua de mármol pulido. ¿Cómo puede quedarse así todo el tiempo?

Observo su piel. Sé que es suave y que sus ojos son claros. También sé que en la mejilla derecha tiene una cicatriz pequeña. Tengo la certeza de que así es. Quiero hablarle, pero el tren se sacude con violencia y otra vez el cartel que se cruza. Me devuelve una preocupación. “¿Y si necesito ir al baño?”, pienso. Miro el resto del vagón. Hay varias personas sentadas que observan hacia el frente. Están concentradas, son obedientes.

En cada estación, un grupo se para y baja. El paisaje los absorbe, desaparecen, se integran al lugar. Pero a nadie le importa eso. Solo a mí, que necesito respuestas.

Otro cartel se enciende. Tiene letras enormes. “Atención”, dice. “¿Atención a qué?”, le pregunto a mi acompañante. Nada. Solo la palabra en rojo. Y me siento atrapada. Nadie me dice qué pasa y quiero llorar, pero ahogo el llanto en mi garganta. No quiero demostrar debilidad. Respiro hondo. “Pensá”, me digo. Miro otra vez el cartel y sé que todos están hipnotizados por esas palabras. Están a la espera de algo, de una orden. Sí, esperan que se complete el mensaje, que nos digan a qué tenemos que prestar atención. Pero el tiempo pasa y nada sucede.

La puerta se abre y ahora es verano. Me inunda la brisa de la playa, la frescura del mar espumoso. Me veo recostada en la arena con unos lentes oscuros y un libro de suspenso. Hay castillos de arena y gaviotas. Me observa feliz y una sonrisa se me forma sin querer. “Me gusta acá”, pero no puedo moverme del asiento. No aún.

Una voz en el altoparlante habla y me saca del encantamiento de verano. Repite lo del cartelito. “No se pare antes de su destino. Solo entonces, cuando llegue a dicho lugar, podrá dejar el asiento”. Es una versión más amable que no aclara nada. No me convence.

Mi mente se llena de preguntas otra vez y maldigo a esa voz. “Hubiese sido mejor pensar en la playa durante todo el viaje, es más relajante”, digo. “Sí, lo es”, me contesta. Estoy segura de que me habló. Ya no puede negarlo, aunque no se inmuta. ¿Y si su cuerpo es una prisión? “No lo creo”. Me quedo estupefacta. Puede escuchar mis pensamientos... o me estoy volviendo loca.

Pienso en otra cosa. Cerca de la puerta hay un plano de las estaciones. Están numeradas en lugar de tener un nombre: 11-3-45; 25-6-70. No hay relación alguna entre los números.

Pero ¿debería haber alguna relación? Cada vez que intento entender el entorno, una nube aparece en mi mente y me altero otra vez. Quiero llegar. Quiero bajarme de este tren en el que nadie me explica nada. “No hay nada que

entender”, escucho, y vuelvo a mirar a mi acompañante. Sé que lo dijo, pero su rostro sigue rígido como las piedras. “¿Me hablás a mí?”, le pregunto, y solo parpadea. “¡Te estoy preguntando si me hablaste a mí!”, grito desafiada. Todo reacciona ante mi violencia y el tren se frena de golpe.

El silencio retumba en mis oídos. Miro el suelo, avergonzada y triste. Suspiro. Intento volver a ser yo, pero es difícil porque no sé quién soy. Pasan los minutos. Hay muchas palabras en mi cabeza. El tiempo para, se detiene. El tren. La vida. Tomo coraje y levanto la vista. Sé que me miran. “Perdónenme”, murmuro, y, como por arte de magia, el tren retoma el viaje.

Pienso si mi reacción fue desmedida, aunque estoy convencida de que lo extraño es lo que los otros hacen. O, mejor dicho, no hacen. Empiezo a creer que ellos tienen una información que yo no tengo. Que tal vez se me olvidó leer algo. Algún manual de instrucciones. Repaso los movimientos, lo que hice antes... pero no hay un antes. Solo una frase: “Disfrute del viaje. Su destino es único e irrepetible”. ¿Qué destino? Y si quisiera cambiarlo, ¿no se puede?

El cartel cambia y me arranca de este estado de desesperación momentánea. Ahora dice: “Próxima parada: 17-4-54”. No entiendo y mi pecho se acelera otra vez. El aire entra con dificultad. “Serenate”, siento como un suspiro en mi oído. Interviene sin que yo diga una palabra. “¿Me estás hablando a mí?”, pienso. “Sí”, escucho en mi cabeza. El miedo trepa por mi espalda, se instala en mi nuca, eriza los pelos de mi cuerpo. ¡Me quiero bajar! No me importa qué estación me toque, me quiero bajar del tren. Hago un esfuerzo para pararme, pero sigo pegada. Me observan. Cada par de ojos en el tren me mira.

Pero mi acompañante no. “Recordá esos momentos”, escucho, y lo intento, aunque no me alcanza. Ya no.

“Quiero pararme, quiero pararme”, repito bajito. Sé que la tormenta se va a desencadenar otra vez y que todo va a ser peor. Soy capaz de tirarme por la ventana, si es necesario. Y entonces, en el momento más crítico, su mano toma la mía. Mi corazón se acelera, pero no por temor. ¿Por qué lo hace? ¿Me conoce? No sé. Estoy segura de que mi acompañante tampoco lo sabe. Pero ese contacto me hace pensar en el verano, el otoño y la primavera.



El tren frena y la puerta se abre. Es una casa. Una tele prendida. Hay una mesa y un café caliente. Sigue sosteniendo mi mano e imagino una película de viernes a la noche. Y risas, muchas risas. La puerta se cierra. El tren arranca. Sigo pensando que me quiero bajar, aunque desde que tocó mi mano, el peso de la situación es menor. “Próximo destino: 20-8-72”, escucho en el aire. Hermoso, me digo, aunque no sé por qué. Veo que un grupo de personas se para y se coloca junto a la puerta. Mi acompañante también lo hace y me mira de reojo. Sus pupilas se dilatan al encontrarse con mi rostro. ¿Le parecerá raro que yo sea yo? Vuelve a mirar hacia adelante, aunque ahora sus manos tiemblan. Sé que debo hacer lo mismo. Intento pararme, pero no puedo. Sé que me tengo que bajar. Lo siento, muy dentro de mí. Lo intento una vez más. El tren comienza a frenar. No tengo mucho más tiempo. Cierro los ojos y con el corazón acongojado decido pararme. Tomo el impulso del universo y en el segundo en que la puerta se abre me despego con violencia de mi lugar.

Fernández, Soledad (2019). “Akasha”. En *Leer y viajar. Antología de cuentos argentinos contemporáneos*. Buenos Aires: Ministerio de Educación GCBA. Disponible completa en: <https://biblioteca-digital.bue.edu.ar/descargar/0b5de1-voces-sec-leer-y-viajar.pdf>.

Amor en el Parque Rivadavia

Si me lo cuentan no lo creo. En serio, no hubiera creído. Si yo no fuera Roberto Arlt, y leyera esta nota, tampoco creería. Y, sin embargo, es cierto. ¿Cómo empezaré? Diciendo que la otra tarde, “una hermosa tarde...” Pero sería inexacto porque una “hermosa tarde” no puede ser aquella en la que ha llovido. Tampoco era de tarde, sino de noche, bien anocheado, las ocho. Como contaba, había llovido. Llovió un rato, lo suficiente para lavar los bancos, humedecer la tierra y dejar los caminos de las plazas en estado pastoso. Más aún: llovió de tal manera que, si usted se fijaba en los bancos de las plazas, comprobaba que conservaban frescas manchas de agua. No había banco que no estuviera mojado.

Eran las ocho de la noche y yo cruzaba el Parque Rivadavia. No iba triste ni alegre, sino tranquilo y sereno como un ciudadano virtuoso. Alguna que otra pareja se cruzaba en mi camino y yo aspiraba el olor a los eucaliptos que flotaba en el aire envolviéndolo dulcemente. Como decía, iba cruzando el parque, hecho un santito. Las manos sumergidas en los bolsillos del perramus, y los ojos atentos. Y de pronto... (Aquí llegamos y por eso me retardo en llegar). De pronto, en una alameda que corre de Este a Oeste, y llena de bancos en los que los focos revelaban frescas manchas de agua de la lluvia caída, vi parejas compuestas de seres humanos de distintos sexos, conversando (esto de conversar es una metáfora) muy liadas. ¿Se dan cuenta ustedes? No solo no sentían el fresco ambiente, sino que eran hasta insensibles al agua sobre la cual estaban sentados. Yo me hacía cruces y me decía: “No, no es posible... ¿Quién me va a creer esto?”

No es posible”. Y como un ingenuo, acercaba mi nariz a los bancos, los miraba y los veía, mojados a tal punto que, con perramus y todo, yo no me hubiera sentado allí. Y las parejas, como si tal cosa... Cualquiera hubiera dicho que, en vez de estar diciéndose ternuras sobre una dura madera mojada, reposaban en cojines de Persia rellenos de plumas de grulla rosada.

Y no era una pareja. Eran muchas, pero muchas parejas, igualmente insensibles a la humedad e igualmente laboriosas en eso de demostrarse que se querían. Algunas permanecían en un silencio comatoso, otras, cuando yo me acercaba, se apresuraban a gesticular como si discutieran temas de vital interés. En fin, terminé de cruzar el parque, consternado y admirado, pues ignoraba que el amor impermeabiliza las ropas de los que se sentaban en bancos mojados. La otra noche vuelvo a pasar por el Parque Rivadavia. Hecho un santito, con las manos sumergidas en el bolsillo del perramus y los ojos atentos. No llovía, pero había, en cambio, una humedad de mil demonios, si mil demonios pueden ser húmedos. Tanta humedad, que la humedad se distinguía flotando en el aire bajo la forma de neblina. Eran las ocho de la noche, hora en que los ciudadanos virtuosos se dirigen a sus casas para embodegar un plato de sopa bien caliente. Y yo cruzaba el parque pensando que bien me había ganado un plato de sopa y otro de estofado, pues tenía frío y sentía debilidad. A diez metros de distancia apenas si se distinguía a un cristiano o a una cristiana. Tan espesa era la neblina. Y yo pensaba: “Heme aquí, en el lugar más adecuado para pescarme una bronconeumonía o, cuando menos, una pulmonía doble. No hablemos de gripe, porque de solo poner las narices por aquí uno se hace acreedor de ella”. Iba entregado a estos pensamientos cuando llegué a la alameda que corre de Este a Oeste. Esa, la misma, la de los bancos. ¿Querrán creerme ustedes? Desafiando las bronconeumonías, las pulmonías dobles y simples, las gripes, los resfríos, las pleuresías secas y húmedas, y cuanta peste pueda relacionarse con las vías respiratorias, innumerables parejas de niños y señoritas, jóvenes y caballeros, se arrullaban de dos

en dos bajo las ramas de los árboles, que goteaban lagrimones diamantinos. Juro que sería criminal no confesar que se arrullaban tiernamente. En la neblina, bajo los árboles goteadores.

“Ya ni en la paz de los sepulcros creo”. No creo en los efectos de la lluvia, de la neblina, del viento, del frío ni del diablo.



No creo en la paz ni en la soledad de nada. Siempre y siempre que me he dirigido a un sitio solitario y oscuro, a un paraje que desde afuera hacía pensar en la soledad del desierto, siempre he encontrado allí una muchedumbre. De manera que me inclino a creer que la única soledad posible es aquella que se produce en un agujero de tierra en cuyo fondo dejaron un cajón... ni en esa se puede creer. De cualquier manera, he aprendido algo: que el que quiere soledad que la busque dentro de sí mismo y que no importune a las parejas, que, por tener la convicción de su amor, se quieren al aire libre y a la luz de una o varias lunas de arco voltaico.

Arlt, Roberto (1931). "Amor en el Parque Rivadavia". En diario *El Mundo*, 1º de junio. Versión adaptada de *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1958.

Celebración

Fuego. Luces. Celebración.

Cada febrero, la comunidad japonesa de José C. Paz festeja el Bon Odori, un espectáculo con tambores (los famosos y aclamados taikos), danzas, kermese y comidas típicas niponas, para saludar a sus antepasados muertos. Festejan con sus muertos estar vivos, o estar bien vivos. Nos abren la puerta a los paceños, nosotros, los oriundos de José C. Paz (inicial de qué cosa es esa C es tema para otra ocasión) y aledaños para que celebremos con ellos, a treinta pesos la entrada y veinte el estacionamiento.

Ahí suelo estar cada febrero, clavados mis pies en el pasto gris de rocío de verano, con la cara mirando el cielo. Ahí arriba, los hongos de humo después de cada explosión. Más arriba aún, un tendal de luces de todos colores planea al ras del cielo. La música de películas que emiten los parlantes emana formol de mala calidad. De un saque, esas melodías espeluznantes me sientan en una de las butacas del cine Mayo, ese que cerró hace una humillante década y media en Perón y Belgrano, pleno centro de San Miguel. Estoy viendo *Titanic* o, si me pongo un poco más dramática: *Top Gun*. Todo paceño y sanmiguelino de más de 25 años ha hecho cola alguna vez para sacar entradas en el cine Mayo.



Paraguas de fuegos luminosos cubren el parque. Se interpone entre mi vista y ellos un farolito chino apagado. Inmutable. Quieto. Callado. Como yo. Las personas que me rodean mantienen la cabeza quebrada hacia atrás, los ojos clavados en el cielo estruendoso y multicolor, las bocas abiertas no se esmeran en exclamar nada nuevo: qué maravillas estos ponjas, chinos, la misma cosa, mirá allá, ahí, tremendo, qué maravilla. Yo tampoco puedo evitar sorprenderme con los fuegos artificiales. Creo que no escucho más de mi oído izquierdo. El parlante está a un metro de mi oído y sigue sonando cortina de película hollywoodense.

Los hongos de humo insisten. Nadie los ve, a todos nos gustan más las lucécitas que el humito que deja cada explosión, es la basurita, el residuo, lo que queda de la fiesta. Las personas que tenían las manos levantadas dirigidas al cielo ahora aplauden. Saludamos a los muertos que vuelven al cielo como indica el ponja por los parlantes.

Los japoneses insisten en celebrar con sus muertos, nosotros los lloramos. Pero podemos asistir, sin remordimiento, a las celebraciones con los muertos de los japoneses mientras comemos sushi, fideos con palitos, compramos adornitos y bailamos al ritmo de los taikos.

Tilli, María Luján (2014). “Celebración”. En sección “Aguafuertes”, revista *Maten al Mensajero*, Año 1, Volumen 2, junio.

Ya nada será igual

Ya nada será igual. De ahora en más, el 3 de junio de 2015 es un día histórico en la lucha por los derechos de las mujeres, contra la violencia de género y los femicidios. Una lastimadura dolorosa para la cultura patriarcal, de la que todos y todas formamos parte. La convocatoria fue masiva.

—Hace una hora empezaron a pasar en malones —dice la kiosquera en Riobamba y Sarmiento a las 16.45. *Vamos bien*.

Muchos pensaron que la cita era tempranera, al menos para la tradición de marchas en la Ciudad de Buenos Aires. ¿Quiénes pueden llegar a tiempo después del trabajo, para estar en Congreso a las cinco de la tarde? El entusiasmo de las más de doscientas mil almas que colmaron la plaza por ser parte de ese “día trascendental” derribó toda previsión.

Por Callao circulaban muchas personas, pocas banderas, muchos carteles caseros, remeras preparadas para ese día con la foto de una mujer ¿muerta?, ¿víctima de la trata?, vendedores de pins de #NiUnaMenos, grupos de mujeres de diferentes generaciones, adolescentes, mujeres y hombres que superaban

las seis décadas. Esa multitud completamente heterogénea coincidía en un objetivo: querían entrar a la plaza (muchas gente no lo logró, la plaza estaba llena y desbordaba por todas las calles que la rodean). Para eso había que poner el cuerpo, un poco más, como en toda concentración masiva; apretaditos, dejarse llevar por el movimiento de la masa, aguantar con delicadeza y paciencia los empujones. Porque estaban en una concentración contra la violencia.

—En esta marcha no podés entrar a los empujones, y menos si sos varón —dijo uno.

Si enfrentar la violencia contra las mujeres y decir basta de machismo fue la consigna que reunió a la multitud, la palabra que la definió, este 3 de junio, es heterogeneidad. Una mayoría de mujeres, pero una muy nutrida participación de varones, de todas las edades.

Cerca del escenario, en las rejas que rodean una parte de la plaza, la más cercana al Congreso, la agrupación La Poderosa pegó afiches. Ahí mismo, agarrado con las dos manos a los barrotes de esas rejas, un hombre de traje gris, de unos 70 años, parece esperar. Tiene tal vez el rostro más triste de la tarde. Su esposa está a su lado, también pendiente de lo que pase en el escenario. No lleva cartel alguno, pero no hay duda: les falta alguien. En la solapa del saco lleva un prendedor pequeño con una foto. Ante tanto dolor los cronistas no se atreverían a violentar esa intimidad.

Son muchos, muchísimos los que vinieron porque no quieren que haya #NiUnaMenos, porque no quieren más violencia contra las mujeres. Pero son muchos también los que trajeron su propia causa, su propia tristeza, la foto de su amiga, de su hermana, de su hija, de su madre... Son muchas las que trajeron su propio cuerpo de víctima de la violencia, para sentirse —tal vez— menos solas. Para ver y oír cuántas otras sufren esa violencia que les quita a diario la sonrisa, que las priva de ver a sus hijos porque el padre violento es más poderoso e influyente en un sistema judicial misógino. Son muchas las que cuando miran te dicen “yo también soy víctima” y pareciera que van a decir “y todavía no me animo a gritarlo”. Son muchas también las que trajeron su propio cuerpo para interpelar a los otros, probar hasta qué punto los estereotipos se pueden hacer trastabillar.

No vinieron mayormente de los barrios a los que llega el subte. Una gran parte de la plaza fue ocupada por ciudadanos que se desplazaron desde Moreno, Lanús, La Matanza, Berazategui, San Miguel y otras localidades del primer y del segundo cordón del conurbano.

Son muchos y diversos los rostros: más blancos, más morenos, rostros duros y curtidos, dolidos, con arrugas de la memoria, golpeados, protectores. Rostros con sonrisa de primera marcha, otros de todas las marchas. Gargantas que gritan por primera vez, y también los que llegan afónicos, voces alegres, rostros orgullosos. Todas las vestimentas y todos los cuerpos. Y muchos jóvenes y adultos que hablan a través de un cartel hecho en casa: una frase, una denuncia, un rostro, una fecha, un asesinato, una cultura criminal, un feminicida prófugo.



Se veían aquí y allá cuerpos agrupados, guiados —para no perderse— por un referente del barrio, de la villa, de asociaciones, de partidos, de grupos sindicales, de centros de estudiantes, de colectivos de artistas.

Desde el escenario se leyó el documento que contiene definiciones y reclamos e interpeló a todos los actores institucionales, políticos y mediáticos. La multitud respaldó con su presencia: espera que cada uno de esos actores se haga cargo de la parte que le corresponde. El aplausómetro se hizo sentir en varios momentos, y los artistas que leían.

Si querías ver diversidad, lo ideal era dar una vuelta por Congreso el 3 de junio. Todos fueron por lo mismo y cada uno con sus propias razones.

Los participantes con los que hablamos quisieran que mañana se resuelva todo. Que se otorgue presupuesto, que haya datos oficiales, que cambie la justicia, que cambien los varones, que no se discrimine. Pero, saben, será una larga lucha. Están preparados y hablan de la necesidad de “empoderarse”. Si hay algo evidente es que la concentración las y los empoderó. A las convocantes, a los participantes, a las mujeres. Al desnaturalizar el machismo, lo debilitó, en sus propias redes y en su propia institucionalidad.

Pasadas las seis de la tarde, cuando era ya imposible entrar a la Plaza entre Callao y Paraná, cuando los manifestantes llegaban por Avenida de Mayo hasta la 9 de Julio y tampoco se podía avanzar desde las calles perpendiculares, culminó la lectura del documento y las adhesiones. Las organizadoras invitaron a desconcentrar con cuidado y respeto. Sin embargo, pocos se fueron lentamente. La mayoría se quedó haciendo escuchar los reclamos y celebrando. Una batucada acá, una chacarera allá, cantitos por otro lado, aplausos por doquier. En más de un rincón se respiraba aire carnavalesco. A la violencia se la enfrenta con bronca y también con fiesta. Los mismos rostros que más temprano revelaban preocupación por acercarse al escenario, por entrar a la plaza, por no perder a los amigos o familiares con que habían concurrido, más tarde iban dibujando carcajadas. Por el éxito, por las dimensiones, por los encuentros y por la música. Todo en medio del humo de choripanes, bondiolas, lomitos, crujidos de hamburguesas y huevos fritos, y vendedores ambulantes que ofrecían sándwiches naturistas y chipá.

La Argentina es un país extraño. Tiene, qué duda cabe, sus cosas complicadas. Pero también tiene esto: una multitudinaria movilización inédita en todo el continente contra los femicidios y la violencia de género, que reivindica los derechos a la igualdad y dignidad de todos los seres humanos.

Grimson, Alejandro y Lucila Schonfeld (2015). “Ya nada será igual”. En revista *Anfibia*, Universidad Nacional de San Martín, junio. Versión adaptada.

BA Buenos
Aires
Ciudad